

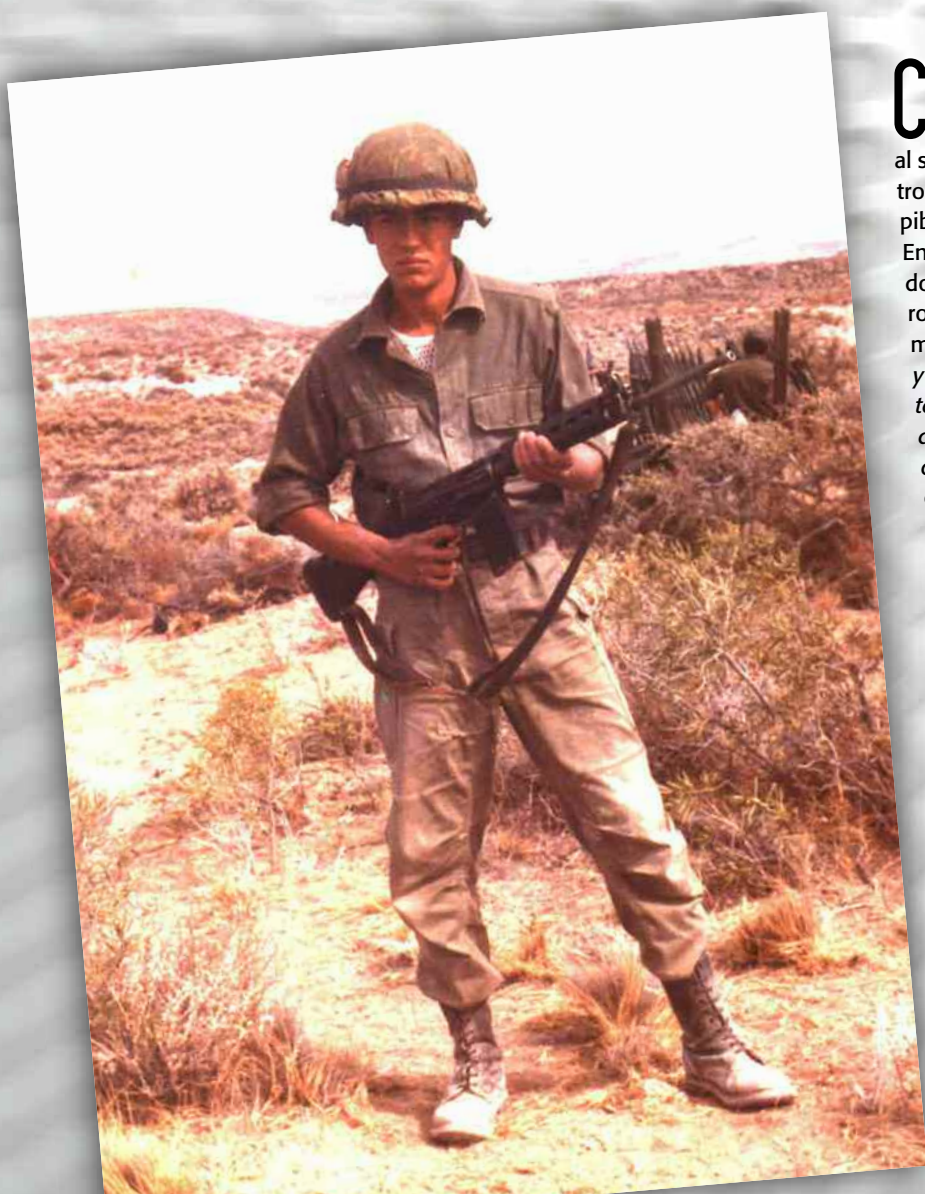
73 días

que le cambiaron la vida

POR IVÁN LOMSACOV.

Testimonio de lo que el reconocido humorista gráfico cordobés vivió como soldado conscripto en la guerra del 82.

Complementa la nota titulada Y pisa fuerte, sobre las consecuencias de esta experiencia bélica en la vida de Angonoa, desde que volvió de la guerra hasta el presente, publicada en LaCentral 18.



Como la mayoría de los ex combatientes argentinos en Malvinas, Pepe Angonoa no había elegido ser soldado. Sólo le había tocado la mala leche de ser clase 63, de tener que entrar al servicio militar obligatorio en 1982. Como la mayoría de nuestros compatriotas que resultaron víctimas de esa guerra, era un pibe de 18, 19 años, cuando fue trasplantado a las Islas.

En marzo del 82 llevaba dos meses en el regimiento en Comodoro Rivadavia donde lo habían destacado, bajo el vuelo oscuro de ciertos indicios que, como sus compañeros, en ese momento no podía procesar: *"Ahí tuvimos preparación nocturna y demás, más intensa que la de otras clases. Así que ya se estaba pergeñando una guerra. Y nos hablaban muchas veces de que podía armarse contra Chile. Pero lo de Malvinas nunca se nos cruzó por la cabeza. Nos enteramos, sí, de que (el capitán Alfredo) Astiz había ido a las Georgias a apoyar a unos balleneros que habían izado la bandera argentina. Pero nunca pensamos que eso fuera a llevar a una guerra. El 29 de marzo, ya había órdenes de alistar conscriptos, de prepararlos para salir a combate o lo que fuere. Yo pertenecía al taller mecánico, donde éramos diez y tenían que alistar a cinco. Y eligieron a dos amigos míos. Entonces yo pedí ir también. Podría no haber ido. Fui siguiendo a estos amigos con los que me sentía bien. Y ahí tenías pocos amigos..."*

De nuevo: Pepe no estaba eligiendo ir a una guerra; estaba prefiriendo el cobijo de la amistad, aunque enfrentara un destino incierto, frente a la certidumbre de quedarse solo en ese lugar donde ya había sufrido la crueldad militar: *"Me estaquearon tres veces, una en calzoncillo. Totalmente denigrante. Y dolorosísimo, porque te estiran los brazos contra el piso, tenés que replegar los pies sobre la espalda, te atan los dedos de los pies y al mismo cordón te lo pasan por el cuello; entonces cuando empezás a bajar los pies porque estás cansado, te ahorcás. Esos*

eran castigos que nos daban los mismos milicos que después fueron con nosotros. ¡Había unos muy violentos! Trompadas, patadas con borceguí en la cabeza al salir del pozo... Eso recibíamos muy seguido”.

Los preparativos para enviar a los colimbas a una acción concreta, fuera cual fuera, se hicieron más evidentes: “Nos dieron casco, una mochila, fusil, dos cargadores y dormíamos así, porque algo iba a pasar. El 30 o 31 hubo un levantamiento de Ubaldini, el primer levantamiento de la sociedad contra los milicos: nos estaban preparando para ir en

“Pensamos que íbamos a hacer base, las negociaciones iban a dar sus frutos y nada más”.

tren a reprimir –revela Angonoa– Pero parece que fue otro regimiento más cercano. Menos mal... Y el 2 de abril nos dijeron ‘Sigán alistados, que en cualquier momento salen’. Cuando supimos que íbamos a Malvinas, pensamos que íbamos a hacer base, las negociaciones iban a dar sus frutos y nada más”.

Pero ya sabemos que no fue así: las tropas argentinas que los aviones Hércules depositaron en Malvinas enfrentaron aquella locura bélica que algunos todavía llaman “gesta” durante 73 imborrables días.

Hasta los huesos

Pepe vuelve a donde dejó la narración, y de ese modo, el único que considera, vuelve a Malvinas: “En un principio, en Puerto Argentino, no pasaba nada: era armar trincheras. Después me destinaron a Bahía Fox, en la Gran Malвина. Gracias a Dios, porque Puerto Argentino fue lo primero que bombardearon. En Fox era todo el día trabajar: salir en Unimog a voltear los palos del telégrafo, cargarlos, cortarlos para hacer fuego, y hacer guardia. No teníamos descanso. ¡Éramos zombis! Y no llevamos comida, ni ropa, nada... La ropa con la que llegué fue la ropa con la que me fui, calzoncillos, medias, todo...”.

La historia tristemente célebre del hambre entre la soldadesca destinada a Malvinas, se actualiza en el relato de Angonoa con datos concretos: “Desde el principio era una comida por día: una oveja dividida en sesenta y pico partes. Te tocaba un hueso con algo de carne y nada más. Y más adelante ya ni eso. Todo el día estabas pensando en conseguir algo para comer. ¡Mordíamos hasta los huesos! Yo me quebré dos muelas comiendo un hueso. No cagaba... A las letrinas ya no iba más, si no tenía qué. Yo ya era flaco y bajé como 14 kilos... A lo último íbamos al matadero cuerpo a tierra, muy tarde, echábamos las gaviotas a pedradas y sacábamos las vísceras de las ovejas

“Desde el principio era una comida por día: una oveja dividida en sesenta y pico partes. Y más adelante ya ni eso...”.

“En el pozo, como a pesar de todo estaba más calentito que afuera, se metían lauchas. Como te jode un mosquito, te jodían las lauchas”.

que ellas estaban picoteando. Dentro del pozo hacíamos un fuego con turba y un poquito de gasoil que habíamos conseguido y cocinábamos eso. Nos salvaba un poco...”.

Pero además Pepe confirma el también conocido dato de que el hambre en

Malvinas no golpeó a todos los militares argentinos por igual, y de que gran parte de la superioridad siguió abusando del poder sobre sus subordinados como si fueran sus enemigos: “Ellos comían bien –se indigna todavía hoy, y se refiere a los suboficiales– Vi varias películas sobre Malvinas donde los oficiales y suboficiales tienen un trato de camaradería con los soldados... ¡Y eso no existía! Oficiales no veías ahí... Teníamos trato con suboficiales: sargentos o cabos de carrera. ¡Y muchos nos trataban como a perros! No era castigo militar, era golpearte. Y había otros que no, que nos ayudaban: un sargento nos enseñó un montón de trucos: cómo disparar con un FAL de noche, sin luz, y cosas así... que nadie nos había enseñado. Y no era violento. También había un suboficial más chico que nosotros, que tenía 17 años y lo habían ascendido de alférez para llevarlo a la guerra”.



En el pozo

Al hambre, presente desde los primeros días, pronto se sumó el frío: “Con la nieve, se nos empezaron a llenar de agua los pozos. Entonces a la noche te ponías el casco en la cola para no mojártela, la espalda contra la tierra y los pies te quedaban en el agua. De a uno empezamos a caer con esos dolores que no sabíamos qué eran. Y empezaron a cortar dedos, a cortar piernas... De eso también zafé. Tuve ‘pie de trinchera’: congelamiento hasta las rodillas. Pero zafé: lo único que me quedó fueron varices, por la falta de circulación. Y en el pozo, como a pesar de todo estaba más calentito que afuera, se metían lauchas. Como te jode un mosquito, te jodían las lauchas. Estabas tratando de dormir y sentías la lauchita que te andaba por acá y por acá...”.

Antes de que comenzaran los ataques ingleses, entre los argentinos ya había habido muertos, a causa de las minas antitanques: “Una compañera minó un campo y a ese lugar llevaron otra compañía, que no tenía planos de dónde estaba minado –aclara Angonoa– Además nosotros no dábamos bola a las advertencias: cruzábamos a juntar latitas, petoludeces... ¡No nos importaba nada!”.

Lluvias de balas y bombas

Finalmente, en mayo llegaron los británicos. Afortunadamente, Pepe, como todos los destinados en Bahía Fox, no llegó a vivir el combate cuerpo a cuerpo. Pero sí pasó días bajo lluvias de balas y bombas: “Primero eran los aviones, que pasaban a velocidad del sonido disparando. Y después, a la noche, aparecían dos barcos, que bloqueaban la bahía y bombardeaban toda la noche buscando desgastar las posiciones. De día se alejaban para que no les disparáramos. Al principio, casco... rezando el Rosario... Al otro día ya nos sacamos el casco... Al quinto día, bombar-

“Al quinto día, bombardeaban y no te importaba nada: ‘Ojalá caiga una acá así ya no jode más’. No teníamos miedo por inconscientes, no por valientes”.

deaban y no te importaba nada: 'Ojalá caiga una acá así ya no jode más'".

La forma en que la hambruna y demás sufrimientos les fueron nublando el marco de realidad, alterando las prioridades, pusieron a los colimbas como protagonistas involuntarios de escenas que se convirtieron en anécdotas verdaderamente tragicómicas: "A lo último el hambre superaba el miedo. El 25 de mayo consiguieron una oveja para comerla como un asado. ¡Estábamos todos chochos! ¡Comer un pedazo de asado, algo suculento! Y en el medio que estaban repartiendo la carne... ¡Ataque aéreo! Suenan la sirena y pasan los aviones disparando: ¡Tatatatatá!!! Con esas balas que tienen un tamaño así. Y los vagos salíamos igual, con nuestra marmita, a buscar nuestro pedazo de carne—describe el dibujante en tono de comedia— ¡Vamos, soldados, vuelvan a sus puestos!!', gritaba un soldado. Y nosotros: '¡¡Servime, servime!!'. No estábamos pensando en que una bala de esas te hace un hueco así...". "¡Querían servirse los tipos! ¡¿A ver si me quedo sin comer?"; teatraliza Pepe, y se ríe, con su humor a prueba de balas. "Lo único que querías hacer a esa altura era comer y no tener frío—subraya—. No teníamos miedo por inconscientes, no por valientes. Hay gente que ha sido más conciente y puede haber tenido miedo. ¡Yo estaba totalmente inconsciente! Tenía optimismo de que iba a volver, estaba seguro. No sabía de dónde lo sacaba, pero... Estaba como loco. Una persona no-cuerda, para nada... Por ahí me daban una orden y no la cumplía... Me mandaban a cavar una fosa para un muerto y me hacía el boludo... Yo estaba con esos dos amigos a los que había seguido. A ellos los habían puesto en el mismo pozo, porque los pozos eran de a dos. Y yo me fui a ese pozo con ellos. Los superiores me sacaron mil veces y mil veces volví al mismo pozo".

Con los dedos

Angonoa explica que ese lazo fuerte y fiel que mantenía con el par de amigos que había hecho en Comodoro no era el tipo de relación más habitual entre los combatientes argentinos: "No había una unidad de

"Era saber que te puede pasar cualquier cosa y algunos que tenés cerca no van a hacer nada por vos, porque no les importás".

'todos amigos'. Se ve ahora acá: hay como tres o cuatro grupos de ex combatientes y cada uno hace la suya. Pero eso no nació acá, viene de allá. De eso sí tuve conciencia, lo noté desde un principio.

De una compañía de 60 tipos, rescatabas con los dedos de una mano personas que las pudieras diferenciar... Los demás éramos ratas. Y digo 'éramos' porque también te dabas cuenta en qué posición estabas vos... ¡Era horrible! Era saber que te puede pasar cualquier cosa y algunos que tenés cerca no van a hacer nada por vos, porque no les importás".

Pero a pesar de todo, aunque sea en contados casos, la solidaridad desinteresada sobrevivía en algunos vínculos: "De Córdoba, había también dos amigos, uno que hizo la primaria conmigo y otro la secundaria. Estaban en el mismo regimiento, y si yo por ahí encontraba una zanahoria o qué se yo, la guardaba, y si lo llegaba a ver a uno de ellos se la daba... Ese tipo de cosas a mí me pasaba con ellos. Pero con muy pocas personas... ¡Y te encontrabas con personas que eran realmente una basura! Eran realmente muy, muy, bajos. Pero también te encontrabas con tipos a los que sí los pongo en la categoría de héroes: había uno, otro colimba como nosotros, que servía la comida y se dejaba último él, y no le quedaba nada... apenas un caldo".

Oxidado y roto

La reiterada denuncia de ex combatientes sobre el mal estado de muchas de las armas que el ejército les proveyó también aparece en el testimonio de Angonoa: "En plena guerra, mi fusil ya no funcionaba más: estaba oxidado y roto. Y yo andaba con ese fusil igual. Imaginate que en Comodoro me habían estaqueado por que una pistola se me atas-

có y por perder la cuchara... ¡Qué iba a decir que estaba roto! Y se lo quise cambiar a otro tipo por una pistola". "Pero no resultó el canje", exclama, y se ríe, pero agriamente, al recordar cómo descubrió actitudes propias que no conocía y que todavía no aprueba.

En el lado de la guerra que le tocó vivir a Pepe, la precariedad tecnológica y la improvisación se extendía más allá de la cuestión del armamento, generando situaciones realmente inauditas: "Fue una cosa bizarra. Por ejemplo, querer comunicarse de trincheras con dos latitas unidas con hilo. ¡Planificado por un capitán! ¡Una locura! Nos dijo 'Vamos a juntar las latitas que hay al lado del mar', consiguieron piolín, armaron y probaron delante nuestro. Un sargento y el capitán: '¡Hola, mi capitán!'. Y del otro lado, a los gritos: '¡Lo escucho, sargento!'. ¡Y cómo no se iban a escuchar, si estaban a treinta metros!? Vos veías eso y decías '¿Dónde estoy?! ¿Quiénes son los que están a cargo nuestro?!".

Las sobras

Otro de los episodios que Pepe Angonoa conserva tatuados en su memoria —y que hoy comparte tras años de silencio— pinta por completo cuál era el estado de los soldaditos adolescentes argentinos y la actitud que sus compatriotas militares de carrera les dispensaban: "Con el Unimog recorríamos toda la isla buscando madera para leña. Lo que fuera, rompíamos y sacábamos madera. Y en un galpón había seis o siete marineros de un pesquero que se lo habían bajado los ingleses. No era un barco argentino... No sé de dónde eran... Al lado estaban las tumbas del capitán y de otro, que habían muerto hace dos días. Estaban furiosos con la guerra y le reclamaban a nuestro sargento. Fuimos en el camión y en un tacho vimos que habían tirado arroz, las sobras... Entonces yo y otro metimos la mano y empezamos a comer. Entonces uno de los marineros dijo '¡Eh, chicos, están muertos de hambre!', y el cabo o sargento que estaba con nosotros, cuando nos vio, se enojó. En cambio, a los pescadores les dio lástima y nos dieron un plato de comida caliente. Para nosotros fue una bendición. Pero el suboficial nos cagó a pedo todo el viaje de vuelta".

El resentimiento contra el duro maltrato ejercido por los superiores se volvió muy fuerte en algunos colimbas en medio del conflicto: "Una noche nos estaban bombardeando desde los barcos. Primero tiraban las bengalas, se iluminaba todo y después caía la bomba. Y había un Clase 62 que quería matar a un cabo primero nuestro, por el odio que le había agarrado por todo lo que le había pegado. Cuando una bengala inglesa iluminara y nosotros respondiéramos disparando, le iba a pegar un tiro al cabo. Lo tratábamos de persuadir de que no hiciera esa locura. Porque aparte, si tiraba en automático, nos iba a matar a nosotros... Bueno, pasó, no lo vi más. Y así, hubo mil cosas horribles: tipos que se dispararon sin querer... o que se dispararon a propósito para que viniera un helicóptero y se los llevara al continente. Y hubo uno que se escapó. ¡¿Sabés lo que es escaparse de ahí, donde había campos minados y guardias por todos lados que te podían matar...?!".

"Había un Clase 62 que quería matar a un cabo primero nuestro, por el odio que le había agarrado por todo lo que le había pegado".

Sentimientos encontrados

Pepe también recuerda al detalle la noche del 13 de junio, y lo que vino después: "Esa noche nos informaron que nos habíamos rendido y que nos iban a hacer prisioneros. Entonces, a las órdenes de un cabo, empezamos a hacer sabotajes: poner azúcar a los tanques de nuestros camiones, agujerear los tachos de nafta... para que todo eso no les

“Salían caracolutos, latas... cosas que habíamos estado juntando... ¡Como si hubiéramos estado de vacaciones! O sea: ¡Con la cabeza en otro lado!”.

Los ingleses nos hicieron entrar a un galpón de esquila y nos hicieron vaciar todo: los bolsillos, el morral... Y salían caracolutos, latas... cosas que habíamos estado juntando... ¡Como si hubiéramos estado de vacaciones! O sea... ¡Con la cabeza en otro lado!”.

Y las imágenes siguen siendo nítidas, aunque las sensaciones eran confusas: *“Fue terrible cuando vimos que izaron la bandera inglesa y nos hicieron prisioneros... Pero yo tenía sentimientos encontrados. Por un lado, dije ‘Bueno, se terminó, menos mal. Que se vaya todo al carajo. Nos van a fusilar, pero listo, se terminó’. Y por otro lado, el sentimiento de haber estado ahí cuidando la posición, todos los muertos que tuvimos... para terminar derrotados. Y a esos sentimientos encontrados yo no los sabía manejar”.*

“Los soldados ingleses casi no trataban con nosotros –cuenta, sobre los días en que los sobrevivientes argentinos siguieron prisioneros– Solo te apuntaban. Y por ahí te daban cigarrillos o te tiraban un chocolate, así de canuto. Nosotros éramos un desastre cómo estábamos, muertos de hambre y de frío... Y estos llegaban de un barco que estaba ahí a 200 metros

quedara a los ingleses. Cuando ellos llegaron, nuestras armas ya estaban todas amontonadas en un lugar, como nos habían indicado nuestros superiores.

con una ropa pulcra... con unas armas sofisticadas... Nosotros éramos indios contra esa tropa”.

Hojas y una lapicera

En ese extraño contexto de condiciones tan dispares y sensaciones tan mezcladas, se dio este llamativo incidente en el que la reaparición del impulso dibujante del joven Angonoa, que había estado apagado durante toda la guerra, lo puso en peligro: *“Estábamos todos sentados en el piso. Vino gente de la Cruz Roja, nos pesaron y nos dieron hojas y una lapicera para que escribiéramos una carta a nuestros familiares. Y yo me puse a dibujar los soldados ingleses. Porque eran como de diferentes compañías, tenían diferentes uniformes: unos tenían una boina azul y una polera blanca, otros una boina camuflada, otros un duvé camuflado y una boina roja... armas con los cargadores curvos... Cosas que nunca había visto. Entonces los compañeros se empezaron a amontonar y a pedirme un dibujo para mandárselo a la novia, o a la madre, en la carta.*

“Me recriminaron en inglés... Supongo que los tipos pensaban que yo estaba haciendo espionaje... ¡Y lo que yo estaba haciendo era dibujar, simplemente!”.


Y los ingleses nos vieron”.

“Me sacaron los dibujos, uno por uno y me empezaron a preguntar a los gritos, en su idioma, que yo no entendía

nada, apuntándome, y me sacaron a la rastra de ahí. Mis compañeros trataron de retenerme: ‘¡No, no se lo lleven!’ ¡Y yo tenía un cagazo! ¡Por Dios...! Ahí me apareció el cagazo. Me llevaron ante un oficial, le mostraron los dibujos y me recriminaron en inglés... Supongo que los tipos pensaban que yo estaba haciendo espionaje... ¡Y lo que yo estaba haciendo era dibujar, simplemente! Dibujar algo distinto. Mis dibujos siempre me salieron en estilo humorístico, pero ahí trataba de recrear lo que estaba viendo: los fusiles, los uniformes... Que se yo: ves algo exótico y decís ‘Me dan ganas de dibujar eso’. El oficial, al rato, me soltó. Pero me llevé un gran susto, porque antes había habido uno que no sé si no había querido entregar el arma o algo y se lo llevaron y no lo vimos más... No sé si lo tenían castigado o qué...”.

De vuelta

Finalmente comenzó el regreso: *“Cuando llegué de vuelta al regimiento de Chubut, no me dieron la baja: me tuvieron un mes ahí, en recuperación, por los kilos que había bajado y por los pies. Debo haber aumentado como 20 kilos en ese mes, y volví gordo: mi familia no llegó a ver lo flaco que estuve. Y en el hospital había lápices, de todo. Entonces dibujaba cabos, sargentos... Y ya no me calentaba nada, porque por ahí me retaban y ni bola les daba. Ya no me importaba nada”.*

Y durante mucho tiempo Pepe Angonoa trató de que todo eso no le importara nada, de no problematizarse sobre el tema y no volver a esos recuerdos. Pero no pudo: la oscuridad de esos 73 días, agazapada muy dentro de él, siguió aflorando. Y aunque pudo construir y recorrer un camino de logros, amores y alegrías, ese manto de neblina siguió empañando su vida en diversos momentos durante ya más de 30 años. 

las islas Malvinas son argentinas, aunque en ellas flamee otra bandera...

